

nes y su pretension de hacer papel de apóstol y de profeta. Hutton se tomó demasiado trabajo para descubrir la tontería en torno suyo; estaba encarnada en Carlostadio. ¡Pobre alma, mas digna de compasion que de cólera, que corre en pos de la verdad, y no encuentra mas que el ridiculo!

Católico en 1513, luterano en 1521, anabaptista en 1525, sacramentario en 1530, cambia de creencia como de traje, para obedecer algun testo biblico, cuyo misterio pretende haber sondeado él solo, y concluye poniéndose el mandil de panadero, porque está escrito: «Trabajarás con el sudor de tu frente.»

El sacerdocio exaltaba la piedad de Lutero, que ocupaba el tiempo en el estudio y en la oracion; ajáronse sus mejillas, perdió el color, y el adolescente, tan fresco y tan sonrosado cuando iba á cantar por las calles, cayó en una especie de marasmo, que daba lástima á Morellanus. Este sabio nos lo presenta macilento y ajado, y tan flaco, que se le hubieran podido contar las costillas. Sus superiores llegaron á temer que tal fiebre de devocion dañase á su inteligencia y á su cuerpo, y trataron de poner remedio. Staupitz, vicario general de los Agustinos, que le habia tomado mucho afecto, y á quien Lutero apreció siempre tiernamente, le decia: «Basta, basta, hijo mio; tú hablas de pecado, y no sabes lo que es pecado; si quieres que Dios te asista, no juegues mas á las muñecas.» Un dia que se confesaba de ciertos pecadillos insignificantes como si hubieran sido verdaderos crímenes, el sacerdote le interrumpió riéndose: «¡Tú estás loco! le dijo; Dios no te tiene ojjeriza; se la tienes tú á Él.»

Lutero, sin embargo, no escuchaba los consejos de Staupitz, ni las advertencias de su confesor. Veíasele al pie de los altares, con las manos juntas y los ojos fijos en el cielo y llenos de lágrimas, pidiendo perdon á Dios. Muchas veces, durante la noche, se arrodillaba á la cabecera de su lecho, y permanecía en oracion hasta la salida del

sol. Un dia no se abrió la puerta de su celda á la hora acostumbrada; sus maestros estaban inquietos; llamaron, y nadie respondió. Tomose el partido de echar abajo la puerta, y se encontró al hermano en éstasis, pegado su rostro al suelo, y respirando apenas. Unos cuantos sonidos de música le hicieron recobrar los sentidos, y volvió en sí. Confesemos que esos conventos de Alemania, en que el superior, como Staupitz, descansa con el estudio y la lectura de los poetas profanos, y en donde se curan las enfermedades del alma con el auxilio de la armonía, y los monges se mueren de amor á Dios, no se parecen mucho á la pintura que de ellos nos han hecho los filósofos del siglo xviii.

¡Pobre Martin, que no encontraba sino amargura y desesperacion en el servicio de Dios, haciendo toda clase de tentativas para amarle por todos los medios, y deteniéndose siempre en el camino sus aspiraciones del cielo, consumiéndose con la oracion, el ayuno, la mortificacion, y no encontrando jamás en las oraciones y en los ayunos continuos ni alegría ni consuelo, como si su corazon se hubiese marchitado en el crimen!

Un dia que se paseaba, entregado á su melancolía, encontró al paso á un monge, á quien interrogó dolorosamente:

—Hermano mio, le dijo el monge: yo sé un remedio para los males que os atormentan.

—¿Cuál? repuso Martin con voz trémula.

—La fe, dijo el religioso.

—¿La fe? replicó Lutero, á quien la palabra habia desconcertado. ¿La fe?

—Sí, hermano mio; la fe: creer es amar, y el que ama se salvará.

Los ojos del hijo del minero brillaron con nuevo fuego.

—¿La fe! ¡Crear! ¡Amar! repetía como un alma que despierta de un largo sueño.

—Sí, continuó el fraile: ¿no habeis leído este pasaje de San

Bernardo, en el sermón sobre la Anunciación: «Cree que por Jesús te serán perdonados los pecados; ese es el testimonio que el Espíritu-Santo pone en el corazón del hombre, porque dicho está: cree, y tus pecados te serán perdonados?»

La fe por el amor, la justificación por la fe, y justificación gratuita, hé aquí todo lo que Lutero vió en las palabras del fraile agustino. Fue un relámpago; pero no relámpago engañoso, que alumbró su alma cuando caminaba á la desesperación; un relámpago en el momento en que se abría á sus pies un precipicio, una ola salvadora cuando iba á estrellarse contra las rocas. Un pobre fraile, que probablemente no viera en el sagrado texto y en la gloria de los Padres sino lo que la Iglesia encontrara hasta entonces; la necesidad de la fe, ardiente, animada, produciendo obras exteriores, dando frutos; y manifestándose por el amor, los deseos y los actos de salvación, retrae á Lutero de su desesperación, le salva de sus terrores, le libra de sus tentaciones, para empujarle, sin embargo, hácia otro abismo que no tiene tiempo de sondear en el primer momento de su alegría!

Desde aquella conferencia tan corta, en que cada interlocutor apenas tuvo tiempo de proferir alguna palabra, desaparecieron los temores y las visiones nocturnas. Lutero duerme en paz. Se acabaron los sustos interiores durante el día; se entrega al estudio sin distraerse; asiste á los oficios como los demás monges, con un recogimiento que no es turbado por ningún sobresalto; ora, ayuna, y ya no se cree desheredado del cielo. Una palabra había obrado todo ese cambio: en esa palabra, Fe, encuentra explicación para todo. Si era asaltado por vanos terrores y caía en la desesperación; si dudaba de su salvación y de la misericordia de Dios; era que no creía; si había sufrido en su alma desde que tenía conocimiento, era que no tenía fe; si sus superiores habían tratado, inútilmente de

consolarle, era que no oía el lenguaje que hablaba tan admirablemente el pobre fraile, ó que tal vez no amaba como él. Con la fe había recibido una nueva vida. Se hallaba enfermo todavía; pero de otra afección, enfermo de caridad, y ya no de temor y de desesperación. En él ya todo era pasión. La fe gratuita, ó la gracia, fue para él un símbolo que formulaba la esencia pura del cristianismo; un espejo, como él la llamaba; una verdad que se había oscurecido ó ocultado hasta entonces, ó reemplazado por prácticas, observancia, culto externo, tradiciones, que tarde ó temprano sería preciso borrar, si se quería volver á la palabra divina en su primitiva pureza. Un capítulo de San Pablo á los corintios, sobre el cual cayeron sus miradas al salir de su coloquio con el monje, le pareció una inspiración del mismo Dios, que quería confirmár, por medio del Apóstol, la gran verdad que él acababa de descubrir. Cerró el libro muy satisfecho de su buena fortuna.

Bien pronto debía desvanecerse aquella alegría.